

Intervención de la diputada Marisol Bazán Fernández, con motivo del aniversario luctuoso del General Emiliano Zapata, que se conmemora el día 10 de abril de cada año.

El presidente:

En desahogo del inciso “b” del punto número cinco del Orden del Día, se concede el uso de la palabra a la diputada Marisol Bazán Fernández, hasta por un tiempo de diez minutos.

La diputada Marisol Bazán Fernández:

Gracias a mis compañeros y compañeras de la Mesa Directiva.

Gracias, diputado presidente.

Compañeras y compañeros, representantes del pueblo.

Decía Emiliano Zapata, la tierra no pertenece más que aquel que la trabaja, hoy conmemoramos 106 años del asesinato de quien es quizá el mayor símbolo de la Revolución Mexicana, el general Emiliano Zapata Salazar, también conocido como “El Atila del Sur”.

Su vida y su lucha fueron forjados entre el aire cálido de Morelos en el poblado de Anenecuilco, resuenan con fuerza en Guerrero esta tierra de resistencia y dignidad, desde este Congreso hemos de honrar su legado que trasciende generaciones y fronteras.

Emiliano Zapata, no nació en la miseria absoluta como a veces se

piensa, aunque provenía de una familia de clase media campesina dedicada a la ganadería y a la pequeña propiedad agrícola en Morelos donde la tierra era para ellos vida y sustento.

Sin embargo, desde su infancia, conoció las injusticias que marcarían su destino.

Cuenta la leyenda que siendo niño a su padre, Gabriel Zapata, ante el despojo de sus tierras por los hacendados lo vio llorar.

“Preguntó el pequeño Emiliano *¿Por qué llora?*”, contesto su padre *“Porque nos quitaron la tierra”*,. *“¿Quiénes?”*. *“Los amos”*. *“¿Y por qué no pelean contra ellos?”*. *“Porque son muy poderosos”*. Con la determinación que lo definiría, el niño replicó:

“Pues cuando yo sea grande, haré que devuelvan las tierras”.

En ese momento, entre el dolor y la rebeldía, nacieron los ideales que Emiliano Zapata perseguiría hasta el día de su cruel y artero asesinato.

Durante el Porfiriato, con el pretexto de la modernización económica, Díaz favoreció a las élites e inversionistas extranjeros, mediante las tierras comunales de pueblos indígenas y campesinos, como las de Anenecuilco, fueron declaradas “ociosas”, por lo tanto, debían ser privatizadas.

En Guerrero y en Morelos, las haciendas expandieron sus dominios, dejando a familias como la de Zapata vulnerables y sumidas en la impotencia. Pero la oligarquía no sabía que de las grandes injusticias generan a los grandes líderes.

La Revolución Mexicana, es el primer gran movimiento insurreccional de masas del siglo 20 y consolidó un modelo político y cultural que trascendió fronteras, que incluso inspiró a, muchas de las luchas que se forjaron más adelante en América Latina.

En la cúspide, Zapata, el *Atila del Sur*, vestido de charro, con sombrero de ala ancha, espeso bigote, mirada

penetrante y su pistola siempre en la cintura, unió fuerzas con los villistas en la Convención de Aguascalientes, aprobando el Plan de Ayala para anteponer los intereses del pueblo.

Juntos ocuparon la capital, buscando un gobierno que representara a los desposeídos; pero el régimen de Venustiano Carranza, incapaz de tolerar su fuerza, respondió con traición.

En una carta amarga y veraz, Zapata denunció a Carranza: “Hay Bancos saqueados, la industria esta agonizando, la gente humilde reducida a la miseria por la carestía y la falta de trabajo”. La respuesta del poder fue la muerte de Emiliano.

El 10 de abril de 1919, en la Hacienda de Chinameca, Jesús María Guajardo, quien se suponía que estaba con la lucha del pueblo, se alió con Carranza y Pablo González, tendiendo una trampa al general. Supuestamente Guajardo había conseguido un parque para continuar la lucha revolucionaria y

así lo atrajo a un encuentro que lo llevo a su muerte.

Cuentan que ese día, Zapata iba montado en un caballo alazán, regalo del propio Guajardo, Zapata entró a la hacienda confiado, pues consideraba a Guajardo, su compañero de lucha, pero lo recibió una lluvia de balas que cayó sobre él, sin darle siquiera tiempo de desenfundar su pistola.

La prensa, subordinada en aquel tiempo al autoritarismo, dijo que habían simplemente matado a un “bandido”, pero el pueblo sabía, sabia la verdad: habían asesinado a un patriota.

Guajardo recibió por su traición 50 mil pesos oro y un ascenso a General de División dos días después, grabando su nombre en la historia como uno de los grandes traidores de nuestra historia.

Dejando para la reflexión que en toda lucha hay traidores, como Guajardo, que venden su honor por oro y poder, hay que recordarles que el pueblo tiene memoria, que el pueblo no olvida, que le pueblo no perdona.

Aquel día nació una ideología de lucha y resistencia que hasta nuestras vidas sigue vigente.

La figura de Zapata se ha convertido en un mito, pero como a todo personaje histórico, no lo libera de la crítica que hoy podamos hacerle desde otras miradas, por ejemplo, la mirada feminista.

Aún así, se ha constituido como un ícono de la conciencia de clase que ha marcado a las mexicanas y a los mexicanos por generaciones.

Hoy, desde este Congreso, reconocemos a Emiliano Zapata como un símbolo no sólo de México, sino también de América Latina y el mundo entero. Su ejemplo nos llama a honrar la dignidad del pueblo, a defender la tierra y a construir un futuro donde la justicia no sea una promesa, sino una realidad. Que su legado nos inspire a legislar con el corazón puesto en quienes más le necesitan, al grito eterno de *¡Tierra y Libertad!*

Gracias, compañeras y compañeros.

Gracias, diputado presidente.